

«O

IGA, ¿trae usted la carta?», te preguntan los crios cuando ven que llevas una cartera debajo del brazo y que no eres del barrio. Realmente, recibir esa carta es la única ilusión que les queda a los habitantes de la UVA (Unidad Vecinal de Absorción) de Fuencarral. En ella, la Delegación Provincial de la Vivienda les comunica que pueden trasladarse al piso de Entrevías que les había sido destinado. Pero desde hace más de tres meses, esas cartas no llegan, y seiscientas familias viven entre escombros, en medio del inmenso basurero en que se ha convertido la UVA de Fuencarral. Pero vayamos por partes.

¿Qué es una «U. V. A.»?

Se crean las Unidades Vecinales de Absorción, por Decreto de 12 de enero de 1963, como consecuencia del Plan de Urgencia Social, que trataba de facilitar 6.585 albergues o viviendas provisionales a los chabolistas que inundaban el cinturón de Madrid. Tres años antes, un intento más ambicioso —el Primer Plan de Absorción de Chabolas—, que preveía la edificación de seis mil casas anuales durante un quinquenio, había fracasado. Su deseo era terminar con las treinta mil chabolas que, según el propio Ministerio de la Vivienda, se alzaban en el extrarradio madrileño. La puesta en marcha de las UVAS significaba el reconocimiento de dicho fracaso y la búsqueda de paliarlo a través de una solución provisional que, como puede deducirse cotizando cifras, sólo acababa con una quinta parte del problema. El mes de abril de 1963 ve el comienzo de las obras de seis unidades vecinales (Fuencarral, Hortaleza, Canillejas, Pan Bendito, Vallecas y Villaverde), de entre las que Vallecas dispone de un mayor poder de absorción —1.400 albergues—. Hortaleza es la mejor construida y Fuencarral, la cenicienta, aquella donde nadie pide voluntariamente ir (1).

Los 1.180 albergues de la UVA de Fuencarral se pueblan, entonces, de inquilinos involuntarios. Son los que no han encontrado hueco en las otras Unidades los que van allí reexpedidos, junto a lo que podríamos llamar grupos marginados de la sociedad: gitanos, «quinquis», delincuentes o vagos habituales, alcohólicos, personas con problemas políticos... Una heterogénea población, que sólo tiene como características semicomunes el carácter inmigrante, la pertenencia a una escala profesional no cualificada —con mayoría de peonaje—, el bajo nivel cultural que posee y la abundancia de familias numerosas

(1) Los datos aquí ofrecidos proceden en buena parte de la tesis que sobre la UVA de Fuencarral realizó la asistente social, Pilar Usanos.



EL INFIERNO DE LA U.V.A. DE FUENCARRAL

(un 53,56 por 100 en 1972). Es decir, las contantes del subproletariado que, de origen rural, se hacina en los muros de las grandes ciudades españolas a partir de los primeros años cincuenta. A quienes se unen matrimonios jóvenes, de procedencia urbana, pero de la misma clase social, imposibilitados de encontrar una casa, dada la carestía reinante. Las UVAS significan una tentativa de trasplantar la población chabolística en las características de habitabilidad de la ciudad. Lanzada a bombo y platillo oficialmente, hoy vemos los resultados negativos de la experiencia, viciada desde el principio por unos planteamientos o utópicos o engañosos.

Pero, ¿por qué ese rechazo especial hacia la Unidad de Fuencarral? ¿Por qué su carácter aludido de «cenicienta entre las cenicientas»? Sobre todo, por tratarse de viviendas prefabricadas, a base de paneles de tablex, tabiques interiores de madera, suelo de tierra prensada (más tarde, baldosas) y techo de chapa de aluminio (sustituida hace dos años por uralita). Cincuenta metros cuadrados cada albergue, unidos en bloques de diez, y situados en una hondonada que

limitan el Poblado Dirigido de Fuencarral, la vía del tren —al otro lado de ésta y de la autopista Madrid-Burgos, la zona residencial de Mirasierra) y diversos desmontes. Es curioso comprobar cómo las teorías de urbanismo crítico, elaboradas por un Lefebvre o un Alexander hallan aquí su ejemplo más concreto. Hundidas las casas a diferentes alturas dentro de esa hondonada, el conjunto de la UVA queda perfectamente enmascarado en el terreno, hasta el punto de que el visitante no lo percibe hasta que ya se encuentra en él. Salvo por los que lo sufren, la sociedad ignora así el «ghetto» que ha creado. «Hemos vivido diez años como en un campo de concentración», me diría un vecino. Llena de humedad, con frecuentes inundaciones, insalubre, la Unidad de Fuencarral ni siquiera podía satisfacer a quienes estaban acostumbrados a la dura experiencia del chabolismo.

Diez años en casas desmontables

Diez años... ¿Cómo puede pensarse en viviendas prefabricadas de este tipo para tan largo espacio de

FERNANDO LARA

tiempo? Es que no se pensó, porque el encargo que se hizo a un equipo de seis arquitectos dirigidos por José María Aranguena hablaba de una habitabilidad de seis meses, o un año como máximo, y de que los elementos empleados para la construcción habían de poseer un grado muy alto de recuperabilidad, hasta el 100 por 100. Es decir, que la gente iba a ocupar la UVA tan sólo como compás de espera de unos meses, a la vista de unas casas definitivas. Pasados los cuales se desmontaban los albergues —elevados en un plazo escasísimo de tiempo—, se aprovechaba el material prefabricado para iniciativas similares y las obras de ladrillo —iglesia, centro cívico, escuela, guardería...— servían para la urbanización que tomara allí en un futuro carácter definitivo.

Al superarse en nada menos que nueve años la permanencia de los pabellones, mil y un problema que quizá en doce meses habrían podido soportarse, se fueron presentando de manera angustiosa. Hubo que afianzar el débil asentamiento en el terreno con inyecciones de hor-

Seiscientas familias viven entre escombros, ratas y un inminente peligro de epidemia.

EL INFIERNO DE LA U.V.A. DE FUENCARRAL

migón, cubrir con yeso los tabiques interiores de madera, añadir una fila de ladrillos al extremo de los diez albergues que forman cada pabellón, cambiar —como antes citábamos— las cubiertas..., parches y parches para que el conjunto no se viniera abajo, para que los vecinos resistiesen allí.

He podido leer que cada metro cuadrado construido en la UVA de Fuencarral salió —en precio de 1964— por 4.500 pesetas, y que el costo total del poblado ha sido de 268 millones de pesetas, incluidas las reparaciones efectuadas. Mientras que el metro cuadrado construido valió 1.100 pesetas sólo cinco años antes en el Poblado Dirigido de Begoña, de edificación normal, y —lo que es más revelador—, el Ministerio de la Vivienda pagaba el año pasado 2.850 pesetas por metro cuadrado construido, beneficios inclusive. O sea, que ocho años antes resultó más caro un barrio prefabricado que lo que casi hoy mismo valdría levantarla en ladrillo y hormigón (2). Al margen ahora de esenciales consideraciones humanas, la Unidad de Fuencarral también ha sido una mala inversión económica. ¿Dónde está el secreto?

Buena parte de él, en la cuestión de recuperabilidad de materiales. Porque, teóricamente, las cifras que hemos manejado eran sólo relativas: los diversos elementos seguirían una vez transcurrida su ubicación provisional en Fuencarral. La paradoja es que cuando ahora se decide destruir el poblado, ese máximo grado de recuperabilidad, que se cifraba en 100, ha descendido prácticamente hasta cero. Salvo aquello que un chatarrero pueda comprar al peso o algún panel aislado, nada puede utilizarse, ya sea por su pésima conservación, porque los bulldozers lo destruyen para evitar que familias de nuevos chabolistas ocupen las casas ahora vacías, o porque se entierra bajo arena de miga, buscando —según la tesis de la Delegación de la Vivienda— «evitar el polvo que naturalmente ha de producirse en aquellos sectores de la UVA, en los que se están demoliendo manzanas completas de viviendas», o —según los vecinos— que no haya robos de los materiales derruidos.

¿Cómo durante diez años han podido vivir siete mil personas (registradas, pues el número real era mayor al darse situaciones de realquilamiento no permitido o de aumento de familia no declarado) en estos barracones, en estos albergues, sólo justificables cuando se trata de paliar las consecuencias inmediatas de una catástrofe? Es algo que cualquiera que haya ido por primera vez a la UVA de Fuencarral se habrá preguntado necesariamente. Pero la interrogante es hoy aún si cabe más angustiosa:

¿Cómo pueden vivir las seiscientas familias que quedan —un mínimo de tres mil personas— en una situación como es la actual del poblado? Situación que, mejor que aquello que los vecinos o yo digamos, reflejan las fotos de mi compañero Ramón Rodríguez. Porque aquí es donde se resuelve un posible equívoco, que quizá se desprenda de este reportaje: ¿por qué hablar —si no es como experiencia fallida— de la Unidad de Fuencarral, ahora que precisamente se está terminando con ella?

Al margen de otras «experiencias» parecidas, seguro que se hallan en el mismo Madrid, o en Barcelona, Bilbao, Valencia, Sevilla... las imágenes muestran de qué manera los seres humanos que quedan en la UVA están sufriendo la demolición, con qué criterios (?) se está efectuando el arrasamiento de las casas, y permitan adivinar cuáles son las consecuencias del actual estado de cosas. Veamos cómo han ido desarrollándose.

«Parte de las viviendas vacías han sido destruidas, pero los cables sueltos, los hierros, los agujeros, y cascotes de ellas, constituyen otros tantos peligros para nuestros hijos...».



La hora de la demolición

El 20 de noviembre de 1972, el Ministerio de la Vivienda comienza a evacuar la UVA de Fuencarral. Quizá el motivo directo sean las graves inundaciones que, justo dos meses antes, ha sufrido el barrio, así como el deseo de elevar una nueva urbanización. A sus ocupantes se les ofrece entonces dos opciones: o comprar un piso en Entrevías (treinta y seis o cuarenta y dos mil pesetas de entrada, cincuenta años de pago, con mensualidades que oscilan entre las ochocientas y las mil y pico pesetas) o, en caso de no poseer los recursos necesarios, ser trasladados a otra UVA, concretamente la de Pan Bendito, mejor, aunque no demasiado, que la de Fuencarral. Desde noviembre hasta finales de marzo de este año, por uno u otro camino, unas cuatro mil personas abandonaron la barriada.

Pero incluso para los que se van «comprando», los problemas no han

terminado. Se les ha hecho firmar los contratos de sus viviendas de Entrevías en blanco, no pudieron visitar con antelación las obras de sus futuros hogares, de repente sube la entrada en ocho mil pesetas y hay errores en la distribución: a familias numerosas se les dan viviendas pequeñas, o viceversa, producto de que los vecinos no tienen ninguna información sobre los pisos hasta el mismo momento de habitarlos. Por otra parte, está el problema escolar. Ni en Entrevías ni en Pan Bendito hay plazas libres para seguir las clases en el grupo escolar de la UVA de Fuencarral. En este sentido, y según denuncian los maestros de dicho grupo escolar en carta dirigida al ministro de la Vivienda, la situación de provisionalidad de las familias que aún quedan en la UVA motiva que sus hijos dejen de ir al colegio o que su rendimiento sea mínimo.

Porque, antes de que llegue «la carta» que citábamos al principio, nadie sabe cuándo va a ser trasladado. «Que se nos dé la información sería a que tenemos derecho como hombres y como ciudadanos», reclaman los vecinos. De noviembre a finales de marzo, los unos van viendo con ansiedad y envidia (porque «nadie, absolutamente nadie, de los que vivimos aquí, queremos seguir un día más; odiamos la UVA», me diría un grupo de mujeres) cómo los otros se van yendo. Desde marzo, con los traslados a Entrevías interrumpidos y muy dosificados los de Pan Bendito, ya no queda más que la desesperación.

Pero, ¿cómo se decide quiénes se van y quiénes se quedan? ¿Cuáles son los criterios para la evacuación del poblado? Este es el gran misterio de la actual situación de la UVA. En respuesta a los vecinos, la Delegación Provincial de la Vivienda dice que «el criterio de adjudicación de las nuevas viviendas se adoptó por el Instituto Nacional de la Vivienda, teniendo en cuenta preferentemente las necesidades de atender situaciones más apremiantes derivadas del estado y conservación de las viviendas, cuya demolición se lleva a cabo, y en todo caso, de acuerdo con las necesidades de programación del Instituto Nacional de la Vivienda, previstas en el sector de Fuencarral para realizar su futuro plan de actuación, que permita la construcción de nuevas viviendas, viales y zonas verdes y de recreo, que se han de ubicar en los solares resultantes de la demolición del citado grupo».

La realidad difiere bastante de estas buenas palabras. Y el visitante piensa que ningún criterio se ha seguido, cuando permanecen habitados albergues de la zona más propicia a las inundaciones, o se dejan uno de ellos aislado entre los escombros de sus inmediatos o se

(2) Folleto «El costo del barrio» (UVA-Fuencarral).



La situación de la UVA de Fuencarral es hoy caótica, inhumana y enormemente peligrosa: «Viviendas cuyas condiciones de habitabilidad está reconocida por el mismo Ministerio que son nulas, siguen habitadas; mientras otras, de mejores posibilidades, han sido ya evacuadas...». En la foto inferior, inundación de septiembre del 72. La foto fue tomada por un vecino del barrio.



vacían los del sector Nordeste —junto a la carretera—, que se mantenían en mejores condiciones. Como suele suceder entre la España oficial y la España real, los vecinos piensan que han jugado otros factores muy distintos de los enunciados por la Delegación de la Vivienda. En su opinión, se desalojó primero a los dirigentes de la Asociación de Cabezas de Familia del poblado con el fin de desmembrarla y, al mismo tiempo, fomentar en la Unidad la idea de que sus posturas reivindicativas iban en provecho propio y no en el comunitario, con lo que la gente ya desconfía de cualquier iniciativa similar que se les proponga. Después, creen que son las recomendaciones —de ahora o archivadas en el expediente de algunas familias— las que han actuado. Sin que los más audaces nieguen la posibilidad de manejos venales a la hora de decidir el traslado.

Los vecinos escriben al Ministerio

Sea como sea, la situación de la UVA de Fuencarral es hoy caótica, inhumana y enormemente peligrosa. Lo que se puede comprobar recorriendo las anónimas calles del poblado corresponde con exactitud a lo denunciado por 220 vecinos en escrito enviado, el 22 de mayo, a las autoridades del Ministerio de la Vivienda:

«Viviendas cuyas condiciones de habitabilidad está reconocido por el mismo Ministerio que son nulas, siguen habitadas; mientras otras, de mejores posibilidades, han sido ya evacuadas.

Parte de las viviendas vacías ya han sido destruidas, pero los cables sueltos, los hierros, los agujeros y cascotes de ellas, constituyen otros tantos peligros serios para nuestros hijos; como lo constitu-

yen también los fuegos que, originados por los mismos obreros que las destruyen para eliminación de material, permanecen luego encendidos mucho tiempo después de su partida.

Como tampoco sabemos cómo denunciar ya la existencia de ratas, ahora más abundantes por ser más fácil su salida, y que siguen mordiendo a niños; o de hongos y babosas en las casas, debido a la gran humedad; o las roturas de las cañerías de plástico, por la nueva presión del agua; o los cortocircuitos, o la suciedad del barrio, o la falta de vigilancia...

Pero la falta de vigilancia merece un párrafo aparte, porque los robos, facilitados por haber quedado viviendas aisladas en medio de bloques vacíos y dismantelados, constituyen ahora un grave peligro, hasta el punto de que dejar una casa sola, sea la hora del día que sea, es una temeridad; desgracia-

damente, muchos de nuestros vecinos no tienen más remedio que afrontar ese riesgo cada día, porque necesitan del trabajo de todos».

No son invenciones. Sin salir de tu asombro porque esas sencillas familias aguanten vivir como material de derribo («¿Qué otra solución nos queda?», te dicen estas personas de enorme calidad humana), vas en directo hasta qué punto no exagera su escrito y, por lo tanto, la evasiva respuesta de la Delegación de la Vivienda te suena poco convincente. Un vecino te llama para que mires la herida que se acaba de producir su hija pequeña con uno de los hierros que brotan de la tierra; otro te muestra el chorro de agua que sale de la cañería reventada; una mujer te hace pasar al mínimo patio de su casa para que compruebes el fétido olor que surge de las basuras echadas en el interior o en los patios de los albergues derruidos y que inunda cada día más el poblado; otra te hace oír el ruido de las ratas que se alojan bajo los servicios; te hablan del robo que han sufrido, de cómo no pueden desempeñar el trabajo de asistentes, por ejemplo, para no dejar sola la casa, con lo que no tienen bastante para vivir, porque el sueldo del marido da para muy poco; te enseñan roturas en los paneles de tablex; manifiestan su terror ante una nueva oleada de lluvias...

«Poco interés para el pobre»

La última vez que he estado en la UVA de Fuencarral hacía treinta y siete grados a la sombra, y el enorme calor multiplicaba los problemas. «¡Vivimos entre basura! Diganlo, por favor», nos gritan a Ramón y a mí un grupo de muchachos, subidos en la trama metálica que soportaba los albergues y cuyo hueco es ahora cobijo preferido de las ratas. Se teme de un momento a otro una epidemia grave, dadas las condiciones de insalubridad; por lo pronto, aumentan notablemente los casos de infección atendidos por el dispensario del barrio, y los maestros ya han denunciado un brote de piojos entre sus alumnos.

«Muchos de nuestros hijos han perdido un curso; no estamos dispuestos a que pierdan otro. De tal manera, que consideramos como fecha tope para quedar el barrio vacío el día 1 de septiembre», han escrito los vecinos con la esperanza y el coraje, minuto a minuto creciente, de que llegue a ser realidad. Quizá todo, o casi todo, se resume en este párrafo de la redacción escolar de un crío de la UVA de trece años: «Ahora, al ver la estructura de las casas deshabitadas, podemos ver lo mal que están hechas y el poco interés que ponen para el pobre». ■ F. L. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.